

Los Libros Editados Por Robert Mankoff

The New Yorker Book Of Business Cartoons (1998)

ISBN I- 57 660 – 056 – 4,
Editorial Blomberg Press, 111 Páginas

The Complete Cartoons Of The New Yorker (2004),

ISBN I- 57912 – 322 – 8,
Editorial Black Dog And Leventhal,
New York, 656 Páginas

Índice

1. Qué es un chiste. Los chistes gráficos.
2. El contenido de estos libros sobre chistes
3. La división de los chistes
4. Los chistes según países
5. Lo que dicen los literatos sobre la sonrisa (tomado del diccionario de citas de Wenceslao Castañares)
6. El buen humor (según F. Segura)

1. Qué es un chiste. Los chistes gráficos

El chiste es un dicho o historieta muy breve que contiene un juego verbal o conceptual capaz de provocar la risa.

Si se presenta ilustrado por un dibujo, puede consistir sólo en éste. Un mismo dibujo puede valer para diferentes textos, todos ellos capaces de suscitar en nosotros la sonrisa y hasta la risa:

El cartero llama al timbre,
Entrega el New Yorker al destinatario,

Éste sonrío,

Se ríe,

Se parte de risa.

Se ríe a causa del juego verbal o conceptual que contrasta la realidad con la visión de la situación que tiene otra persona.

Ciertos contrastes producen risa:

- Un enano se agacha para no dar con la cabeza al entrar por una puerta muy alta, hecha para hombres montados a caballo.
- En un entierro, uno de los asistentes se cae al suelo al pisar la piel de un plátano.
- En la silla eléctrica, un guardia ha puesto una chincheta y está esperando a que el reo (que viene por el pasillo acompañado por el capellán de la cárcel) se siente y se pinche.

Los chistes gráficos reflejan la época y el lugar: la guillotina no es lo mismo que el hacha de la Torre de Londres.

Todo el contenido del libro de chistes empresariales está también en el libro grande y por ese motivo, lo que sigue se refiere a este.

2. El contenido de esto libros sobre chistes

El libro mayor, que va acompañado por dos CD, trae según su portada, 68.647 chistes gráficos, todos los publicados por la revista New Yorker desde su primera publicación en 1925. La colección está organizada en 8 décadas:

- 1925 – 1934
- 1935 – 1944
- 1945 – 1954
- 1955 – 1964
- 1965 – 1974
- 1975 – 1984
- 1985 – 1994
- 1995 – 2004

Los nombres de los 175 dibujantes están recogidos en un índice que ocupa la página 356. El más aceptado es Charles Adams con 76 dibujos, algunos de página entera, publicados mayoritariamente en la década 1945-1954 sobre la siniestra familia Adams.

3. La división de los chistes

La división de temas preferidos por el editor es, más o menos:

Arte	954
Nacimiento	138
Gatos	790
Muerte	1538
Educación	1068
Francia	262
Golf	363
Internet	98
Jueces	667
Khrushchev	22
Leones	244

Dinero	6560
Nixon	132
Obesidad	81
Política	2921
Reinas y reyes	163
Religión	1422
Sexo	2686
Tecnología	1401
Vida urbana	1519
Vacaciones	2014
Brujas	182
Rayos X	26
Deportes	29
Zoológicos	215

Cosquillas son las sensaciones que se experimentan en algunas partes del cuerpo cuando se tocan ligeramente, consistiendo en cierta conmoción agradable o desagradable, según los casos, y que suele provocar involuntariamente la risa.

4. Los chistes según países

- Estados Unidos: The New Yorker y Gary Larson
- Argentina: Mafalda
- Francia: Sempé
- Inglaterra: De “Punch”
De “Private Eye”
- España: Antonio Mingote
Xaudaró
Juan Ballesta
Mihura
Serañín

Otros se ofenderán por no haber sido mencionados.

5. Lo que dicen los literatos sobre la sonrisa (tomado del diccionario de citas de Wenceslao Castañares)

Catulo (87 A.C. – 54 AC)

“*Risu ineptu res ineptior nulla est*”.

(“Carmina XXXIX”)

Manuel Machado (1874 – 1947)

Hablo, sollozo, delirio;

Sé de la risa y del llanto.

Con las bocas rojas canto,

Con los ojos negros miro,

Con los amantes suspiro,

Y río con los guasones.

(“Sevilla: Dice la guitarra”)

Pablo Neruda (1904 – 1974)

Quítame el pan, si quieres;

Quítame el aire, pero

No me quites tu risa.

(“Los versos del capitán”)

Luis Buñuel (1900 – 1983)

“Encuentro la ciencia pretenciosa, superficial, porque no tiene en cuenta los sueños, el azar, la risa”.

(Atribuido a A.L. McKay)

Jacinto Benavente (1866 – 1954)

“Nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa”.

(“Los intereses creados”. I. prólogo)

Henri Bergson (1859 – 1941)

“La risa castiga ciertos

defectos, más o menos como

la enfermedad castiga ciertos

excesos: golpea a inocentes

y perdona a culpables”

Gustavo Adolfo Bécquer (1836 – 1876)

Por una mirada, un mundo;

Por una sonrisa, un cielo:

Por un beso... ¡Yo no sé

Que te diera por un beso!

(“Rimas: XXIII”)

6. El buen humor (según F. Segura)

Lo que sigue está tomado (con permiso de la Revista “Razón y Fe”) de un extenso artículo de Florencio Segura (2 de mayo de 1986), publicado en 1986 (páginas 615 a 626) y titulado “Contemplación para alcanzar humor”.

El humor es una palabra ambigua, pues llamamos humor a muchas cosas que no lo son. Llamamos humor al sarcasmo, a la ironía, a lo que es pura comicidad. No, el humor es algo *serio*, aunque parezca paradójico.

Entre la ingenuidad y la amargura

El humorista es como un funámbulo que está en la cuerda floja. Por que el humor es un equilibrio entre dos cosas: entre la ingenuidad y la amargura.

El humorista no es un ingenuo, es un hombre lúcido; y, por tanto, es un hombre crítico. En esto se distingue de los pánfilos. Los pánfilos –cómo su nombre, etimológicamente, indica: de “*pas pasa pan*”, que significa “todo”. Y “*fileo*” que significa “amar” –son los que aman todo, a los que todo les parece bien, los que están contentos con todo, los ingenuos, los inevitablemente optimistas. Pero, como dice agudamente un autor español, Marcial, nacido en Calatayud, “para el que nada es malo, nada puede ser bueno de verdad”. Es decir, que el pánfilo es tan pánfilo, le parece todo tan bien que, efectivamente, le falta sentido crítico. Responde a lo que decimos caseiramente en nuestros refranes: “sólo los tontos son felices”. El pánfilo es feliz o porque le falta información o porque no se entera.

El humorista no es pánfilo, es un hombre lúcido, crítico, que sabe lo que es el hombre, que conoce bien sus limitaciones propias y las de los demás; pero que sabe sortear dos abismos. Un abismo es caer en lo pánfilo, otro abismo es caer en la amargura, que es el peligro que tienen todos los lúcidos. Estos ven tanto y con tanta profundidad y se quedan, por ello, tan insatisfechos de sí mismos, de los demás, del mundo, de la vida, que acaban cayendo en la amargura. Amargura que se manifiesta de dos maneras, o por el sarcasmo o por la ironía.

Sarcástico es el amargo violento, el hombre que queda tan insatisfecho de la realidad que todavía la empeora más para distanciarse de ella y poderle dar latigazos. El gran sarcástico de nuestra literatura (a veces, horroriza que le llamen humorista, porque no lo es) es D. Francisco de Quevedo). Él es un hombre tan insatisfecho de las cosas, que todavía las empeora y hace todo lo posible para poder fustigar esa realidad que él no quiere.

El irónico es el amargo no violento. Es el que reacciona, en vez de con violencia, con tristeza. Decía Benavente: "la ironía es una tristeza que no quiere llorar y sonríe". El irónico cambia el látigo por los doscientos dardos con los que va expresando su descontento, su insatisfacción. En el fondo, es una expresión de tristeza.

Y ¿qué hace el *humorista*? El humorista consigue una síntesis difícilísima de lucidez y de aceptación; de una aceptación alegre. Humor es la capacidad de saber reírse de una cosa y, sin embargo, seguir amándola.

Los dos tacones: ambición y razón

¿Cuál es la visión que el humor tiene del hombre? El hombre, dice el humorista, tiene dos tacones que son la ambición y la razón. Y sobre esos dos tacones intenta subirse. Entonces, el humorista, que se descubre a sí mismo y, sobre todo, nos ve a los demás, subidos cada uno en nuestros tacones, pavoneándonos y contoneándonos, creyéndonos que somos algo, se ríe de eso, intenta desinflarnos.

En una ocasión, se definió el humor, precisamente estudiando *El Quijote*, así: "La conciencia negativa del infinito que el hombre lleva en sí". Una definición profunda, preciosa. Significa que cuando tomamos conciencia de nuestra propia realidad, nos sentimos rotos por dentro, nos sentimos escindidos entre lo que realmente somos y lo que nos gustaría ser.

Dicho de otro modo, querríamos ser como Dios, y no lo podemos ser. Además, nos cuesta aceptar nuestra condición real.

Pero hay peligro de que nos amarguemos, porque vemos que no podemos ser como Dios y, entonces, ni siquiera lleguemos a ser hombres. Pecamos o por exceso o por defecto, y el humor mantiene ese equilibrio. Aceptar lo que soy, pero aceptarlo sin tristeza, sin amargura.

Porque dentro de nosotros chocan nuestra finitud y lo infinito de nuestras aspiraciones. Pero, ¿qué pasa entonces? Que cuando no nos resignamos a ser bajitos, a ser como somos, intentamos forzar nuestra aspiración y así, brota de nosotros la ambición y, con ella, la ansiedad: nos convertimos en personas ansiosas. Estamos intentando ser más,

nos preocupa que los demás se den cuenta de que no somos lo que queremos aparentar.

Esto lo ha detectado bien un humorista español, Miguel Mihura, que escribe: “La causa de que el mundo se haya vuelto tan repugnante es la ambición, querer ser más de lo que se es, suponer que se tienen más fuerzas de la que en realidad se tienen, querer ir más lejos de donde se puede ir: en una palabra, no ser humildes”.

¿Qué significa querer ser más de lo que uno es? Es *estirar* el ser. Pero como el ser no es estirable, como somos lo que somos, cuando ya no podemos estirlo más, lo sustituimos por el “tener” o por el “aparecer” (el “vano honor”).

Por ello, los humoristas se ríen de estos intentos. Todos los humoristas se ríen de los nuevos ricos, que son los que ponen su ser en “tener” y en “aparentar”.

Pero el humorista se ríe también de los que aparentan, de las apariencias, de los maquillajes, de todos los envaramientos, de todas las retóricas, de esas palabras anchas, ampulosas que ocultan quizás una pobre realidad.

El humorista se ríe de todos esos falsos gigantes de feria de los que diría nuestro Quevedo (que, aunque no es humorista, es un satírico feroz y se da cuenta):

“¡Miras a ese gigante corpulento que con grandeza y gravedad camina?

Pues por de dentro es trapos y fajina y un ganapán le sirve de cimienta”.

Dice Bergson, uno de los autores que han estudiado con más profundidad el fenómeno del humor, que la “risa es un

castigo social”. Nos reímos de los demás, cuando alguien quiere subirse por encima de los demás; y, cuando nos reímos, le castigamos, recordándole que es un pobre hombre como todos nosotros.

Y Bergson analiza las distintas actitudes ante un resbalón con una cáscara de plátano en la acera. Cuando una persona resbala y se cae, la gente se ríe. Pero no nos reímos lo mismo cuando es una pobre viejecita la que tiene la mala suerte de resbalar y caer, que cuando la que se cae es una señorita que viene por la acera, comiéndose el mundo. Entonces sí, nos reímos mucho más, porque se creía alguien y resulta que es un pobre ser humano sujeto a la contingencia del estornudo o del resbalón, como cualquiera de nosotros.

El humorismo reduce a la humanidad, a pobres hombres. Y cuando hemos reducido a la humanidad a pobres hombres, estamos preparados para sentir un poquillo de ternura por ellos.

Nos sonreímos. Ésta es la típica sonrisa del humor, y decimos: “¡pobre! Se cree alguien y, en el fondo, es un pobre como tú y como yo”.

Brota, entonces, la capacidad de reírse de uno mismo, que es uno de los mayores síntomas del humor; la saludable capacidad de reírse de uno mismo.

Aceptación y ternura

Esto quiere decir que el humorista es pobre, con esa pobreza radical que significa aceptar de verdad la propia limitación. No es solamente no tener, sino que la pobreza es mucho más radical: es aceptar en el fondo su propia condición de hombre. Cuando uno ha aceptado de

verdad esa circunstancia y se ha aceptado a sí mismo, entonces está en disposición de aceptar a los demás con ternura. Y, por eso, no es posible el humor sin ternura; cuando no hay ternura, no hay humor. Habrá ironía, habrá sarcasmo, habrá comicidad. Elemento insustituible del humor es la ternura. Por consiguiente, ese humor que no es tierno, sino que empieza a reducir al hombre y ya lo reduce tanto que lo deshumaniza, no es auténticamente humor. A esa desfiguración del humor, la llamamos “humor negro”. Es un humor desesperado.

Pero el verdadero humorista no sólo es pobre (en esta concepción de pobreza tan profunda), sino que también es misericordioso. Tiene ternura. Siente ternura hacia los demás y acepta a los demás: “¡pobres hombres como yo!”.

Una pizca de locura

Finalmente, cabe hablar del gran segundo tacón sobre el que se apoyan los hombres. Según los humoristas, es la razón.

No hay nada más opuesto a un humorista que una persona razonable; razonable en el sentido del que se toma la vida en serio y cuyo lema es: “de mí no se ríe nadie”. Pues el humorista tiene que estar siempre dispuesto a reírse, primero, de sí mismo y luego de los demás ¡con ternura!

Es indudable que existe hoy una mitificación de la razón, de la lógica, de la técnica, de esa capacidad del hombre serio para organizar, planificar. Frente a ella, ¿cómo responde el humor?

Un gran humorista, Charles Chaplin – ¡qué ternura había en él y en los per-

sonajes de sus películas!– dio en una frase un acertado y contundente diagnóstico de nuestra sociedad: “Pensamos demasiado, pero no sentimos bastante”.

Nuestra sociedad se está volviendo indiferente, fría, aburrida. Debido a pensar demasiado, no se experimentan suficientes sensaciones. Estamos en una cultura que valora mucho el “parecer” y poco el “sentir”.

Sin embargo, el humorista apuesta por el sentimiento, por la ternura, y le da más valor que a la razón.

¿Cómo puede luchar el humorista con la razón? La respuesta es valorar lo que hay más contrario a la razón: la locura.

Y ahora entra en escena Don Quijote, que es un personaje visto críticamente por Cervantes –padre del humorismo universal– y, al mismo tiempo, tratado por él con una inmensa ternura y con extraordinario respeto.

El lector se ríe del Quijote, pero lo hace con respeto y con ternura. Porque la locura entra en el humor como un elemento necesario para salvar al ser humano de la excesiva razón.

Los humoristas sostienen: tenemos que ser lunáticos –que significa locos a intervalos –o sea, no siempre. ¡Lunáticos! ¿Qué significa eso? Algo muy importante: es la defensa que tiene el humorista contra el excesivo automatismo y mecanicidad de la vida. Se vive sometido a tales presiones, a tales ordenamientos, que el ser humano, sin que se dé cuenta, acaba siendo una *cosa*, un objeto. Y cuando se descubre que ya no puede más, que se está reaccionando como un autómatas, que se está per-

diendo el gusto por vivir, que a las personas les están haciendo la vida imposible, no dejando ni un resquicio de libertad, ¿qué se debe hacer en ese momento? Echar una cana al aire –se dice en español– convertirse en alguien lunático, dejarse llevar, aportar una brizna de locura a la excesiva racionalidad en la que se está metido y con la que cada cual se mueve cada día.

Por ese motivo, el título de una obra de Mihura, la última que escribió antes de morir, sintetizaba perfectamente esto: “Sólo el amor y la luna traen fortuna”. Sólo el amor –la ternura– y un poco la luna (lunáticos) –una pizca de locura –traen fortuna. Sirven para algo. Pues significa que todo ser humano, y esto lo sabe bien el humorista, tiene derecho a ponerse de puntillas, que no basta con romperle a un hombre los tacones y decirle: “No seas tonto, que eres un enano”, sino que hay que dejarle que se haga ilusiones por algo. Que todo mortal tiene derecho a un margen de sueño en su vida, de sueño fantástico, llámese esperanza, llámese utopía, llámese ilusión.

En la obra de un humorista español, aparece un médico, el doctor Palacios,

que está a punto de descubrir una píldora, con la cual, si la toman, los hombres ya no necesitarán dormir. El doctor está satisfecho porque dice: “Este invento mío va a revolucionar la humanidad, ya que, naturalmente, se va a duplicar la capacidad de trabajo. Sí ya no necesitamos dormir, los hombres trabajaremos día y noche”. Y el protagonista de la obra se horroriza cuando el doctor llega con la píldora, e intenta convencerle para que no siga investigando en eso y le pide que, por favor, no se le ocurra sacarla al mercado, diciéndole como supremo argumento: “¡Pero si hasta los perros necesitan dormir para soñar con su hueso!” Y contesta Palacios –que es el prototipo del hombre-razón–: “Con mi invento habrá huesos para todos y en abundancia”. Le replica el protagonista: “Pero esos huesos son reales, y lo que el perro necesita son huesos fantásticos, de esos que no existen y se pierden con los sueños”.

Antonio M. Arroyo y Margarita T. Prat

Profesores de ICADE

Universidad Pontificia Comillas, Madrid.